

Versaciones de un chupaplumas



Estupendo



24

Escribí, con trazo enérgico y en letra grande y clara, mordiéndome los labios de rabia, o de vergüenza, por estar rebajándome a ser un envidioso pero decidido a serlo si, con ello, mi bien amada Proserpina, lograba mi sueño dorado de ser respetado, y admirado, e incluso — por qué no confesarlo — amado.

Cuando me presenté ilusionado ante ti — aquella tarde que fui a esperarte a la salida de la mercería con los folios bajo el brazo — e intenté contártelo, apenas terminada la primera frase te pusiste hecha una verdadera hidra, Proserpina, amor mío, vociferando que cómo ni cuándo se me había podido pasar por la cabeza que existiera la más remota posibilidad de que tú fueses jamás a enamorarte de alguien tan despreciable. **Yo traté de hacerte comprender que no, que no era eso, que no se trataba de que yo fuera a ser un envidioso verdadero sino de que tan sólo lo fingiese para, así...**

Pero tampoco me dejaste explicártelo diciendo que pues lo que faltaba, y que además de envidioso farsante, y que si había alguna otra cosa — preguntaste en tono airado echando el cierre — que tuviese pensado ser con la que terminar de sorprenderte.

– Sí — te contesté.

– Pues, hala — dijiste dejando caer las llaves en tu bolso —, dímelo.

– Bueno — titubeé —, no es que lo tenga, no lo que se llama propiamente pensado, pero...

– O sea — te colgaste el bolso al hombro y echaste a andar sin mirarme —, que no lo tienes pensado.

– Lo tiene pensado un amigo mío — resumí, caminando cabizbajo a tu lado.

– Un amigo tuyo — recitaste, parándote en seco y girándote para mirarme — tiene pensado qué vas a ser tú, además de mentiroso y de farsante, para terminar de sorprenderme a mí ¿Lo he dicho bien?

– Bastante bien — admití.

– “Bastante bien” — repetiste, en tono resentido, y echaste a andar de nuevo hacia la parada del autobús.

Versaciones de un chupaplumas

Estupendo

Permanecí parado unos instantes, sin comprender el motivo de tu enojo, mirándote caminar y sentarte luego, cruzando las piernas, sobre el asiento bajo la marquesina.

Llegué hasta ti y me senté a tu lado.

– ¿A qué se debe ese enfado? – te pregunté.

– Oh... – replicaste tan sólo; y te dedicaste a continuación a, un poco inclinada hacia delante, con los brazos en equis sobre tu regazo, hacer bailar tu sandalia sobre la punta de tu dedo gordo, ensimismada casi; parecía que todo tu objetivo consistiera en conseguir que no se cayese. Pero al final las leyes de la física triunfaron y describiendo una parábola la sandalia fue a parar a algo más de un metro de distancia, sobre la calzada. Entonces sonreíste, y me dedicaste una mirada casi dulce al tiempo que te ponías de pie y, cuando la hubiste recuperado, según te la calzabas con una mano y te sentabas de nuevo, me diste un golpecito afectuoso en la rodilla con la otra y —: A nada.

Dijiste, retirándote un mechón de pelo de la cara; y que tonterías sin importancia, cosas tuyas, y que te dijese de una vez qué era eso que iba a ser.

Cuando te dije que iba a ser un alter ego, sin dar lugar a que pudiera terminar la frase explicándote de quién ni de qué, te echaste a reír, y reíste con convicción idéntica a la que apenas unos minutos antes aplicarías a enfadarte causándome, con tu risa, la misma perplejidad que había sentido tantas veces y que tendría que haber dejado de ser perplejidad hacía ya mucho si me hubiera acostumbrado yo a que siempre pasaba lo mismo, a que ponías el mismo entusiasmo, la misma dedicación, a llorar que a reír que a enfadarte y hasta, si la ocasión lo requería, a cantar o a bailar y sin perjuicio de que el objetivo fuese hacerlo bien o mal, que igual de bien cantabas o bailabas bien que mal que te ponías hecha un verdadero basilisco o, sin motivo aparente que justificara tales extremos, a dar saltos de alegría en momentos del todo dramáticos y, todo, con el mismo

Versaciones de un chupaplumas

Estupendo

aplomo y la misma serenidad

